

en efecto, fué á la capilla que se le indicaba, donde se encontró con un hombre envuelto en una capa, que sin dársele á conocer, le tomó la mano, diciéndole: « Corred, padre, al Quirinal; encontrareis allí á Rossi y detenedle, si todavía es tiempo; persuadidle que se abstenga de ir á la Cancillería, porque si se presenta, será muerto indefectiblemente; los conjurados se hallan ya en sus puestos. » El conde Rossi, despues que hubo oido esta relacion, contestó tranquilo:—Gracias, monseñor; la causa del papa es la causa de Dios: morir por ella ha de ser dulce muerte. Y subiendo al coche en compañía del señor Rigetti se dirigió á las Cámaras.

»Al llegar á la Cancillería, pudo ver Rossi que sus órdenes no se habian cumplido; que los carabineros no ocupaban el patio, que estaba invadido por una multitud de hombres embozados. El desgraciado Rossi, habia dado unos cuantos pasos, cuando acercándosele un sugeto de siniestro aspecto golpeó con un palo su hombro izquierdo, y mientras el ministro volvió su rostro, el asesino que aguardaba la estudiada maniobra, le asestó una certera puñalada cortándole lleno la arteria carótide. La herida fué mortal. Rossi cayó, se levantó, subió los primeros peldaños de la escalera y volvió á caer para no levantarse mas. En medio del sepulcral silencio en que aquello se verificó, tan solo se oyó la voz de un hombre que exclamó lleno de satánica satisfaccion: *Tutto é fatto*. Las turbas se dispersaron y al salir de la Cancillería, exclamaban: *Ilanno fatto bene*.

Para que se comprenda lo bien preparada que estaba aquella tragedia, basta decir que en aquel mismo instante, uno de los jefes de la *Italia Roja*, que se hallaba en Bolonia, decia, mirando su reloj: «Acaba de realizarse un gran suceso: Rossi no es ya de temer para nosotros.»

El herido fué conducido á las habitaciones del cardenal Gazzoli, enclavadas en el mismo palacio: los médicos declararon que la herida era mortal, el parroco de San Lorenzo in Lucina, le absolvió, y el conde espiró, entregando su alma en manos del Criador.

»Las turbas ¡horror causa el escribirlo! pasearon en triunfo por las calles de Roma el puñal asesino, y alborozadas bendecian la mano que lo habia manejado, bajo los balcones de la casa del difunto conde, destrozando el alma de su viuda y de sus hijos.

El cuerpo de Rossi, fué embalsamado secretamente durante la noche, y despues sepultado en una tumba de la parroquia de San Lorenzo.

El asesinato del noble conde Rossi, pareció ser la señal para que la impía revolucion levantase su cabeza presentándose con todo su imponente aspecto. El día 16 de Noviembre se reunieron los romanos en la plaza del Pópolo, llevando la bandera del círculo popular, acompañada por una música. Los caudillos del tumulto escribieron en un gran cartelón el programa que se iba á imponer al Papa que contenia estos cuatro artículos:

- 1.º Promulgacion del principio de la nacionalidad italiana.
- 2.º Convocacion de la Constituyente y formacion de un pacto federativo.
- 3.º Cumplimiento de las resoluciones de las Cámaras de diputados con respecto á la guerra de la independencia contra el Austria.
- 4.º Completa adopcion del proyecto de Mamiani del 5 de Junio.

Comprendieron los representantes de las naciones extranjeras el peligro en que iba á encontrarse Pio IX y acudieron presurosos al Quirinal, siendo el primero el embajador de España, D. Francisco Martínez de la Rosa.

»La presencia de los representantes de las naciones animó al Santo Padre que en aquellos momentos se veia abandonado hasta de sus ministros, excepto los cardenales Soglia y Montanari.

»Y aqui á fuer de historiadores imparciales debemos citar un hecho de cobardía, que mancha la memoria del ministro de la Guerra Regnano, el cual dirigiase á las Cámaras en carruaje cuando supo que Rossi acababa de ser asesinado. Inmediatamente dió orden á su cochero que le condujese fuera de Roma, huyendo de la ciudad sin despedirse de su soberano, ni aún de su propia familia. ¡Que diferencia de conducta comparada con la de Rossi!

»A éste le avisan que preparan su asesinato y en vez de huir exclama: ¡La causa del papa es la causa de Dios! Regnano á pesar de su caracter militar huye cobardemente á la vista del peligro, sin temor á lo que pueda consignar la historia.

»La diputación del pueblo se presentó en el Quirinal y fué recibida por el cardenal Soglia en su calidad de presidente del Consejo de Ministros. Contestóles que iba á someter su proyecto á la resolución de Su Santidad, pero advirtiéndoles que nada conseguirían por la fuerza.

»A los pocos momentos se presentó de nuevo el cardenal y les dijo que Su Santidad quería reflexionar ántes de resolver.

»Una comisión de oficiales de carabineros solicitó el honor de ser recibida por Su Santidad. Llegados á su augusta presencia, hablaron de la agitación de las masas y de lo conveniente que sería ceder á las pretensiones del pueblo para evitar grandes catástrofes.

»La contestación del papa, no pudo ser mas digna: «Mi deber de Pontífice y de Soberano me prohíbe aceptar programa alguno, traído con este espectáculo de coacción; no, jamás.»

»Martínez de la Rosa, interpretando los sentimientos católicos de S. M. la reina D.<sup>a</sup> Isabel II, dirigió la palabra á los comisionados de esta manera: «Id, señores, y decid á los jefes de la sedición que si persisten en su odioso proyecto, les será preciso pasar sobre mi cadáver para llegar á la sagrada persona del Soberano Pontífice; empero, en tal caso, la venganza de España será terrible.»

»Los carabineros contestaron: «Señor, aquí no venimos con otro objeto que el de evitar las consecuencias espantosas de la exasperación del pueblo.»

»A lo que replicó el duque de Harcourt, representante de Francia: «Si cumpliéis vuestro deber, evitaríais con las armas lo que no impediréis jamás con estériles palabras.»

»Y tomando de nuevo la palabra Martínez de la Rosa, dijo: Tened entendido que los soberanos de Europa no dejarán impune un sacrilegio consumado ya por las impías asechanzas de una *canalla sin fé ni ley.*»

»Hé aquí la contestación de los carabineros: «Si el papa lo manda nos defenderemos; aunque indudablemente seremos víctimas del furor popular.» De este modo, y con tal temor á la muerte responden los descendientes de aquellos guerreros romanos que fueron un día la admiración del mundo por su valor y denuedo.

»Cuando el pueblo supo la negativa del papa, estalló una horrenda tempestad. Por todas partes resonaban los gritos de ¡á las armas! El Quirinal fué cerrado. El pueblo arrojó piedras al palacio apostólico, y pedía que se abriera para penetrar hasta el pontífice. En la puerta extrema de las que miran á la Puerta Pia amontonan faginas y las prenden fuego, que pudo ser en seguida apagado, gracias á la serenidad de los bomberos y de los suizos. Entre aquellos grupos de foragidos veíase á Carlos Bonaparte, príncipe de Canino, cuya familia había encontrado un refugio bajo la bandera pontificia ¡Siempre la ingratitud brillando en el mundo!

»Una de las piezas que habían servido para saludar la amnistía concedida por el mas bondadoso de los soberanos, fué colocada delante del Quirinal, para dispararla, si necesario fuese contra el palacio del Pontífice.

»En tanto que los valerosos y fieles suizos trababan una lucha con los cívicos, uno de los proyectiles que penetraron en la sacra morada, hirió de muerte á monseñor Palma, secretario de letras latinas.

»Debemos consignar que hallándose en el Quirinal todo el cuerpo diplomático, tan solo se notaba la ausencia del representante del Piamonte. No necesitamos dar explicaciones sobre este hecho que se explica por sí mismo.

»Bien pronto se mezcló al grito de *¡Viva la independencia nacional!* los de *¡Viva la república romana!*

»El pueblo envió una comisión al Padre Santo, encargada de comunicarle el *ultimatum* de su voluntad. Galletti fué nombrado presidente de esta comisión. Pio IX le recibió. Al cabo de tres cuartos de hora, el traidor abogado salió de la presencia del Soberano, pálido, sin atreverse á levantar la vista ante los embajadores.

»Pio IX dijo á los representantes de las naciones allí congregados, estas frases: «Señores, para evitar la efusión de sangre de mis hijos, acabo de hacer el último sacrificio: *Non plus ultra.* He dejado á la sabiduría de las cámaras, la resolución de las peticiones que se me imponían. He *sufrido*, conste la palabra, he *sufrido*, no formado, he *sufrido*, repito, un ministerio compuesto del abate Rosmini para la Instrucción y presidencia.—Marciani, para Estado.—Galletti, para Gobernación.—Sterbini, para Comercio.—Campello,

para Guerra.—Lunati, para Hacienda.—Sereni para Justicia.»

»Deben constar las frases que el Soberano Pontífice añadió: «Señores, ya lo veis: me hallo aquí como prisionero. Han querido quitarme mi guardia y entregarme á merced de otras personas; completamente solo, no he tenido mas norte que el evitar que se derrame una sola gota de sangre fraternal por mi causa. Todo lo sacrifico en aras de este sentimiento. Empero, señores, quiero al mismo tiempo que sepais, y lo declaro ante la Europa, que no tomo ni siquiera nominalmente parte alguna en el gobierno que se me ha impuesto. He prohibido que se abusára de mi nombre y hasta que se recurriese á las formas ordinarias.»

»El pueblo celebró con júbilo el que Pio IX confiará á la sabiduría de las Cámaras, la resolucion de sus peticiones. Era lo mismo que celebrar la forzosa abdicacion del Soberano que le habia dispensado tantos beneficios.

»Una de las primeras disposiciones del nuevo ministerio, fué el desarme de la guardia suiza, quitando de este modo al papa sus mas fieles defensores. Los valientes suizos se negaron á entregar las armas: «Si la *canalla* las quiere, dijeron, que venga por ellas. Morirémos con ellas y solo las depositarémos, si se nos exige, á los pies de nuestro Soberano. Los suizos del papa sucumben, pero no se deshonran. Si el papa nos pide las armas, suyas son; nosotros las depondremos á sus plantas.» Fué necesario que el papa les persuadiese á hacer tan gran sacrificio, y entónces las dejaron trémulos y llorosos,

»Galletti substituyó al abate Rosmini por monseñor Muzzarelli. Rosmini no habia querido aceptar el puesto por no manchar su reputacion uniéndose á aquellos usurpadores del poder de la mas alta autoridad del mundo.

»El ministerio se dirigió á los Estados pontificios con el siguiente escrito:

»Llamados al ministerio en medio de circunstancias extraordinarias, y cuando por nuestra parte la negativa seria poner en peligro la actual forma constitucional del Gobierno del Estado, asustaríamos la gravedad de las cosas y de los tiempos, á no sostenernos el pensamiento de que nuestro programa político, no solo se halla en armonía con los principios proclamados por el pueblo,

sí que tambien con aquellos que después de una séria deliberacion han sido aceptados por nuestras Cámaras legislativas; principios que servirán de regla á todas nuestras acciones, mientras permanezcamos en el poder.

»Entre estos principios hay uno que ha recibido de una *manera solemne el consentimiento del Soberano*, y en cuanto al otro principio, ha dado palabra de ponerse de acuerdo con el nuevo Ministerio para que se redactaran proposiciones análogas, que deberán sujetarse á la aprobacion de las Cámaras deliberativas.

»El principio de la nacionalidad italiana, cien veces proclamado por nuestro pueblo, y por las Cámaras y por nosotros aceptado, *ha sido sancionado sin reserva* por el príncipe, cuando lo recordó con paternal celo al emperador de Austria en una carta misiva.

»Para realizar este bien creemos indispensable ejecutar las deliberaciones aceptadas por las Cámaras de los diputados concierne á la independencia italiana; á este fin, nos adherimos francamente á los acuerdos y deseos de los representantes del pueblo.

»Nadie dudará de nuestra completa conformidad al programa de 8 de Junio, acogido con tanto entusiasmo por las Cámaras deliberativas.

»La convocacion de una constituyente en Roma y la redaccion de un acta federativa, son principios y máximas que hallamos formulados en los deseos de una Dieta en Roma destinada á discutir los intereses generales de la patria comun.

»Hoy que viene á unirse á esta máxima fundamental el *asentimiento del príncipe*, que tambien desea someterlo á la decision de las Cámaras, del Soberano que la Italia toda ha saludado como el iniciador de su libertad y de su independencia, nuestro corazon palpita á la idea de la proximidad de aquel momento en que le será dado esperar al fin la celebracion de aquel pacto federativo, que respetando la existencia de los Estados aislados, y dejando intacta su forma de gobierno, servirá para asegurar la libertad, la union y la independencia de la Italia. Esta obra tendrá su perfeccion, como lo creemos, cuando se asociarán á ella la gloria de Roma y el nombre reverenciado del Pontífice.

»Con este programa nos presentamos ante el pueblo y las Cámaras. Si el pueblo nos dispensa su confianza, nos esforzaremos

para continuar mereciéndola. Las Cámaras van á ser convocadas para manifestarnos si nos conceden tambien su confianza. Y la esperamos si sus principios políticos continuan siendo hoy lo que fueron en el pasado.

»Firmado: C.—E. Muzarelli, presidente.

«Galletti, Sterbini, Lunati.»

»Pio IX se hallaba ya en el Calvario.

»Como su divino Maestro, exclamaba juntando las manos ante el pecho y elevando sus ojos al cielo: Padre mio, hagase tu voluntad.

»¿Debia permanecer en Roma á merced de sus enemigos, que colocaban en su mano un cetro irrisorio? ¿Debir elejarse de la Capital del mundo cristiano y de su corte?

»Pio IX vacilaba.

»Hallándose en aquella incertidumbre, un incidente providencial le hizo decidirse. El obispo de Valencia (Francia) le remite preciosa reliquia, que llega á manos del papa en la noche del 22 de Noviembre. La reliquia llegó acompañada de una carta concebida en estos términos:

»Santísimo Padre:

»Durante las peregrinaciones de su destierro en Francia, y sobre todo en Valencia, donde murió y donde descansan su corazón y sus entrañas, el gran papa Pio VI llevaba la Santísima Eucaristía sobre su pecho ó sobre el de alguno de los prelados domésticos que le acompañaban en su coche. En este augusto Sacramento poseía una inextinguible luz que le comunicaba fuerza en sus padecimientos y un inefable consuelo en sus dolores, mientras que en él hallaba el saludable Viático para la eternidad. Soy poseedor de un modo cierto y auténtico del pequeño relicario que servía para un uso tan religioso, tan tierno y tan memorable, y por lo tanto me atrevo á ofrecerlo á Vuestra Santidad. Heredero Vos del nombre, de la silla, de las virtudes, del valor y casi de las tribulaciones del gran Pio VI, dareis algun precio á esta modesta, pero interesante reliquia, que, como lo espero, no recibirá igual destino. Sin embargo, ¿quien conoce los designios de Dios, las pruebas que su providencia envía á Vuestra Santidad? Yo ruego por Vos con amor y fé. Dejo el relicario dentro de la bolsita de seda que

lo contenia y que servia á Pio VI, y se halla en el mismo estado que cuando estaba suspendida del cuello del inmortal Pontífice.

»Conservo un precioso recuerdo y una profunda gratitud á las bondades de Vuestra Santidad en la época de mi viaje á Roma el año último. Dignaos aun añadir á ellas vuestra bendicion apostólica, que aguardo arrodillado á vuestras plantas.—*Pedro, obispo de Valencia.*

»Esta carta fué mirada como un aviso del cielo. Pio IX ya no vaciló.

»El cardenal Antonelli se presentó al conde de Spaur al cual dijo que «Su Santidad, en intereses de la Silla apostólica, y sin consideracion alguna á su propio bienestar, habia resuelto alejarse de Roma, y aceptar los buenos oficios con tanta nobleza y espontaneidad ofrecidos por S. E.»

»El egregio conde tenia una esposa comparable á la mujer fuerte descrita en el libro de la sabiduria. Llena de santo entusiasmo, exclamó: »Yo no soy mas que una mujer; no obstante, si se me confiara el negocio de la salvacion del papa, creo que lo llevaria á feliz éxito.» El conde contestó con una sonrisa.

»Por la noche el conde manifestó que habia meditado en las palabras de su esposa.

—¿Recuerdas, la dijo, lo que esta mañana me insinuabas respecto á la salvacion del Santo Padre?

—Perfectamente, contestó la condesa.

—Tal vez la Providencia te reserva un papel en este importante drama. ¿Estás decidida?

—Estoy pronta. Habla, ¿que debe hacerse?

—Partir mañana temprano para Albano con tu hijo y su ayo.

—¿Y después?

—Esperarme allí.

—Te aguardaré.

—Ahora, ocúpate de los preparativos para nuestra marcha, porque nuestra ausencia de Roma pudiera prolongarse mas de lo que creemos.

»Veamos ahora de que modo se verificó la fuga de Pio IX. Estos importantes detalles lo tomamos de la citada obra de Mr. Balleydier.

»La condesa de Spaur, de origen francés y una de las señoras mas distinguidas de Roma, midió de una ojeada la importancia de la comision que se le confiaba, y lejos de asustarse se dispuso para llenarla. Comenzó por decir á los criados de su casa que un proyecto de matrimonio entre una princesa de Baviera y el hijo mayor del rey de las Dos Sicilias llamaba repentinamente á su marido y á ella á Nápoles. Mientras que las doncellas preparaban los baules entregó á las llamas varios papeles, previniendo las visitas domiciliarias que pudieran practicarse á consecuencia de su marcha. En seguida llenó de oro sus borceguies, forró de diamantes sus vestidos, puso en parage seguro una cartera del papa, preparó sus pistolas, que maneja y tira lo mismo que un maestro de armas, y pasó el resto de la noche orando delante de un crucifijo. A las seis de la mañana, despues de haber escrito algunas líneas á su familia para tranquilizarla, entró en una berlina rusa tirada por cuatro caballos, y dió la órden de partir para Albano.

»Al llegar á las puertas de la ciudad fué detenida.

—«¿Dónde vais, la preguntaron?

—Ahora á Albano, y despues á Nápoles.

—¿Dónde están vuestros pasaportes?

—Aquí los teneis.

—¿Porque el conde vuestro marido, no os acompaña?

—Porque los negocios de su gobierno le detienen en Roma.

—¿Cuando se reunirá con vos?

—Cuando quedarán terminados sus negocios: ya lo vereis, porque debe salir por esta puerta.

—Basta.

»Entónces la berlina continuó su camino: detúvose á los pocos pasos para tomar dos nuevos caballos que le aguardaban, y en dos horas y media, corriendo á escape y levantando nubes de polvo, llega la condesa á Albano y se apea en la fonda de Paris.

»Combinada la fuga del Santo Padre con el duque de Harcourt y el conde de Spaur, se habia fijado para la noche del 24. Pocos momentos ántes de la hora indicada, el duque de Harcourt que habia obtenido una audiencia, llegó al Quirinal en un coche de gala, precedido de volantes y de antorchas, y solicita ver al Papa: se lo niegan, insiste, y al fin es introducido en el gabinete pontifi-

cio, cuya puerta se cierra inmediatamente. Eran las cinco, el cielo estaba sombrío, sin estrellas, y la noche favorecia con su oscuridad el éxito del proyecto. No habia, pues, un momento que perder. Acorde el conde de Spaur con Su Santidad, aguardaba á éste que debia reunirsele cuanto ántes en el paraje designado de antemano. Durante este tiempo Pio IX, con lá ayuda del embajador de Francia, cambió de traje, se calzó zapatos negros cerrados con dos grandes hebillas de plata, tomó un pantalon de color oscuro, púsose un leviton negro, se cubrió la cabeza con un ancho sombrero redondo, y se tapó los ojos con antiparras: enseguida habiendo permanecido arrodillado dos minutos delante del crucifijo de su oratorio, salió llevando una bujía en la mano, por una puerta secreta, que le condujo á los largos corredores del cónclave. Le acompañaba un hombre fiel y seguro, adherido al palacio, llamado Philipani. Durante este tiempo permaneciendo el duque de Harcourt en el gabinete del papa, leia en voz alta, para distraer á los vigilantes, cuya atencion pudiera llamarse por un largo silencio. De repente oyó ruido en las habitaciones que el papa acababa de atravesar, lo que no pudo ménos de alarmarle. ¿Habria sido descubierto el papa é impedida su fuga? No, porque Dios velaba por el Santo Pontífice, que se habia visto repentinamente detenido por una puerta que habian descuidado abrir, y para remover aquel obstáculo imprevisto el señor Philipani habia vuelto á las habitaciones del Pontífice. Mientras que este hombre fiel daba un largo rodeo, Pio IX solo y con la bugía en la mano aguardaba delante de la puerta, la cual por fin se abrió al cabo de diez minutos. El papa entonces se arrojó dentro del coche.

»A las siete, el duque de Harcourt, que habia quedado solo en el gabinete pontificio para alejar toda sospecha, dijo al retirarse á los que se hallaban en la antecámara y á los guardias que estaban de centinela á la puerta misma de los aposentos de Su Santidad, que hallándose este indispuerto se habia acostado: luego regresando á la Embajada entró en una silla de posta y volando por la carretera de Civita-Vecchia llegó á esta ciudad á media noche para embarcarse en el *Ténare*.

»Eran las seis y diez minutos cuando, á tenor de las órdenes que habia recibido el cochero que conducia la fortuna de Roma,